

Roberto Meza Fuentes

## Cien poesías líricas

(Conclusión)

### UN PROBLEMA LITERARIO

**A** HORA, un paréntesis para resolver de una vez para siempre un problema literario que la publicación de esta antología presenta por segunda vez.

Alrededor del año 1916 (cómo pasa el tiempo: parece que fuera ayer) circuló entre poetas y escritores una selección de las mejores poesías españolas hecha por Pedro Crespo (¿quién será Pedro Crespo?) en la que, entre otros del mismo autor, figuraba el poema *Letania* de Luis Fernández Ardavín.

Domingo Gómez Rojas (Daniel Vásquez) había publicado en *Los Diez* tres poemas que le valieron una consagración inmediata. Destacaba entre ellos *Miserere*. Versos de epitafio, de lápida, admirable rima del concepto y la palabra, triunfo de la perfección escultórica en la frase cincelada con sabiduría y amor.

Decía:

La juventud, amor, lo que se quiere,  
ha de irse con nosotros: ¡miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere  
morirá en el futuro: ¡miserere!

La tierra misma lentamente muere  
con los astros lejanos: ¡miserere!

Y hasta, quizás, la muerte que nos hiera  
también tendrá su muerte: ¡miserere!

Y entre el *Miserere* de Domingo Gómez Rojas y la *Letanía* de Luis Fernández Ardavin existían similitudes alarmantes. Alguien alcanzó a pronunciar la palabra terrible: plagio. La acusación, llevada a una revista, no alcanzó a formalizarse por vacilación de los editores. *Selva Lírica*, periódico literario donde forjábamos nuestras flechas los jóvenes de entonces, alcanzó a anunciar el escándalo. Gómez Rojas era nuestro amigo, pero todo lo sacrificábamos en aras de nuestra fiera independencia. Y nadie más que nuestro amigo anhelaba el esclarecimiento de la verdad. Pero esta vez tampoco se formalizó la acusación por haber desistido de ella el acusador.

Esta nueva antología publica, única muestra de la poesía de Fernández Ardavin, la *Letanía* que conmovió nuestros años de iniciación literaria, llenos de inquietudes y guerrillas.

Dice la *Letanía*:

Se ha de ver tu calavera, al final de este camino,  
en las manos afiladas de un trapense o agustino.  
Y donde hoy entran las locas alondras del pensamiento,  
por la fuerza del destino,  
ha de entrar mañana el viento...  
¡Memento!

Vamos tras de las mujeres, como si fueran eternas,  
con la salvaje lujuria del hombre de las cavernas.  
¡Y se pudren las mujeres como se secan las rosas!  
¡Se mueren todas las cosas,  
y hasta la tierra se muere!...  
¡Miserere!

El labriego de los siglos, en la tierra removida,  
va enterrando la materia para darle nueva vida,  
y el que ayer estaba arriba viene a estar luego debajo.  
Es eterno este trabajo  
y no tiene acabamiento.  
¡Memento!

Van los eternos destinos de este modo encadenados,  
imposibles al desfile de los hombres acabados,  
y florecen en los viejos pudrideros de las fosas  
azucenas olorosas.

Sólo la fuerza no muere.

¡Miserere!

El león del poderoso afilando está sus garras,  
sin pensar que a las hormigas se las comen las cigarras  
y luego son las hormigas carne para las hormigas...

¡No abomines ni bendigas

porque todo es un momento!

¡Memento!

Recuerda que el tiempo corre y hacia ti no ha de volver.  
Eres tú el que ha de tornar, hecho flor a una mujer,  
hecho agua clara a una fuente y hecho rocío a una rosa...

Filtración maravillosa

de la impureza que muere.

¡Miserere!

Recuerda que por el bíblico Génesis de los hermanos,  
el vientre que te ha parido será un nido de gusanos.  
Hombres, gusanos y piedras son Fuerza y Evolución...

¡Eterna renovación

de lo que vive un momento!

¡Memento!

Y es en vano que queramos romper estas ligaduras  
con el frágil estilete de nuestras pobres locuras...

El Todo preside al Todo y nosotros somos nada.

¡La vida nace ligada

con la muerte que nos hiera!

¡Miserere!

Deja que llegue hasta ti pensador y pensativo  
el placer de este dolor en el que muriendo vivo...  
Deja que llegue a nosotros el morir que es el nacer.

Quiero sufrir el placer

de gozar el sufrimiento.

¡Memento!

Porque es locura querer acabar este formento,  
 que en la eterna letanía de lo que nace y que muere,  
 dice la muerte: ¡Memento!  
 y la vida: ¡Miserere!

Puestos frente a frente los dos poemas, el del lírico español y el del poeta chileno, cabe formular la pregunta: ¿hubo un plagio o una simple coincidencia? El *Miserere* de Daniel Vázquez, publicado en el primer número de *Los Diez* que apareció en Santiago de Chile el 1.º de Septiembre de 1916, tuvo una rara fortuna literaria. Fué reproducido en diversos periódicos literarios de América, algunos tan prestigiosos como el *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica. No es raro que haya llegado a España.

Porque, aceptada la teoría del plagio, ¿quién habría plagiado a quién? ¿Gómez Rojas (Daniel Vázquez) a Fernández Ardavín, o Fernández Ardavín a Gómez Rojas?

Conocemos la fecha de la publicación del *Miserere* de Gómez Rojas pero no sabemos la fecha de publicación de la antología de Pedro Crespo, libro que por primera vez nos dió a conocer la *Letanía* de Fernández Ardavín. No sabemos tampoco de qué libro del poeta, o de qué revista o periódico literario, tomó el compilador el discutido poema. ¿Dónde, en qué fecha, apareció originariamente la *Letanía*?

Siendo anterior la *Letanía* al *Miserere*, suposición teórica que hasta el momento tiene para nosotros tanta base como la recíproca. ¿la conoció Gómez Rojas? Yo fui amigo del poeta tan bárbara y estúpidamente sacrificado por la reacción chilena; conocí su espíritu lleno de inagotable curiosidad perenne, y, la verdad, nunca vi entre sus papeles ni escuché en su rica y policroma charla ninguna alusión directa o indirecta a la obra del lírico español.

Dije mal cuando anuncié que la publicación de esta nueva antología iba a resolver de una vez para siempre el resonante escándalo literario abortado en 1916. Aquí nada hemos resuelto pero, por primera vez, el problema queda planteado con preci-

sión y claridad en sus términos y entregado a la investigación de los amantes de la verdad literaria.

Cerramos el paréntesis y esperamos la colaboración de los estudiosos sin la cual ningún alto resultado se alcanza.

### *Propósito del libro*

¿Por qué insisto a cada paso en señalar en los autores mutilados por la tipografía y en cuántos nos han salido al encuentro su actitud de modernistas o de precursores? Porque es este uno de los propósitos y de los alardes del libro, advertidos con alguna prodigalidad en la breve nota preliminar de los editores y en el título mismo de la obra. A nosotros, menos preocupados que los editores en este afán gesticulante de modernidad, no nos interesa que la poesía recogida en este libro sea antigua o moderna, nos conformamos con que sea poesía.

Acaso los ha movido un noble propósito. Lamentemos su triste realización.

### *Ausencias*

Quieren hacer los editores un panorama de lo más moderno de la poesía española. Hasta llegan a pronunciar un adjetivo inquietante: futurista.

En realidad, no nos interesan los poetas por pasadistas ni por futuristas. Buscamos la poesía del hombre sincero consigo mismo. Ese hombre dará la voz de hoy, la voz de su tiempo, la voz de nuestro tiempo.

¿Tendremos que indicar a los editores de España—por lo menos a los editores de esta antología—que, a pesar de sus promesas, no hacen nada por revelarnos la nueva poesía, el *frisson nouveau* que ha traído la última generación de poetas?

Nunca da nadie la palabra final y definitiva. El movimiento modernista se halla hoy en trance de ser superado. No surge aun la obra orgánica ni el poeta completo, no ha tenido esta generación su Rubén Darío, pero, ausente y sin anuncio su animador y figura máxima, la nueva falange lírica está llena de audacia y de ilusión y dotada de un rico y saludable dinamismo

vital. Hacia más altas estrellas disparan sus flechas recios y juveniles Sagitarios. Acaso el que diga en plenitud de sinceridad la palabra de hoy nos dé una fruta madura de tradición y un germen seguro de porvenir.

Anotaremos unos nombres de España: J. Moreno Villa, Pedro Salinas, Federico García Lorca, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Antonio Espina. ¿Por qué, a pesar de sus desplantes reiterados de modernidad y futurismo—odiosa palabra preñada de énfasis y pedantería—, no nos dan los editores de esta antología siquiera un rasgo de estos poetas? ¿No son dignos de figurar en *Cien Mejores Poesías Modernas Líricas Hispano-Americanas*? (¡Qué título! Parece el anuncio de un prestidigitador de feria.)

Nombres de México: Carlos Pellicer, Enrique González Rojo, Salvador Novo y éste cuyo desconocimiento parece increíble en un editor español: Alfonso Reyes. Falta también Ricardo Arenales, colombiano trashumante que—dice una buena antología de la poesía mexicana contemporánea—lleva en México una vida anacrónica de poeta maldito.

¿Acaso no hay poetas en la América Central? Esto bien puedo yo ignorarlo, pero el autor de una antología hispano-americana no debe ignorarlo. Recuerdo los nombres de Alfonso Guillén Zelaya, Arévalo Martínez, el Presbítero Allais, Salomón de la Selva, y pienso que sus versos honran a cualquier antología de la poesía española que piense emprenderse con seriedad.

¿Bolivia no existe para la poesía? Conozco muy poco la lírica del alliplano, pero el autor de la antología, que debe estar bien informado, debió haber hecho figurar, por lo menos, a Ricardo Jaymes Freire, autor de *Castalia Bárbara* y *Los sueños son vida*, amigo y compañero de Rubén Darío y Leopoldo Lugones, uno de los primeros capitanes, con ellos, de la batalla modernista. Aparte de su obra de poeta tiene libros de estudio tan interesantes como las *Leyes de la Versificación Castellana*. Otros nombres de Bolivia: Franz Tamayo y Víctor Ruiz, cantor de los paisajes de la sierra. El Ecuador tampoco figura. Aun-

que no son grandes mis conocimientos de esta tierra creo que, en ningún caso, debió haber faltado Medardo Angel Silva, otro Silva poeta y suicida.

¿Y en el Perú no hay poetas aparte de José Santos Chocano? A pesar de que una política troglodítica mantuvo cerradas a piedra y lodo las puertas de estos dos países, alcanzamos a tener amigos peruanos y a oír las voces claras que resonaban al otro lado de las fronteras. Ciertamente es que, a pesar de vivir en una pobreza heroica, resultábamos ellos y nosotros vendidos al oro chileno o al oro peruano, según el caso, y sufríamos la persecución, la calumnia y el odio irracional y violento de «los accionistas del patriotismo». Invariablemente, también, las acusaciones y los dicerios, en ambos países, parlían de los plutócratas que recibían propinas del capitalismo internacional y tenían vinculados sus intereses a la perpetuación del conflicto. Algún prepotente e incontrastable imperialismo financiero nos obligará un día a realizar de mal grado lo que en su hora fué el anhelo espontáneo de la juventud universitaria de Chile. Nombres del Perú que recordamos con cariño y homenaje: José María Eguren, Abraham Valdelomar, Alberto Hidalgo, Juan Parra del Riego, J. Carlos Mariátegui, César Rodríguez, Alberto Guillén, Percy Gibson. Todos han escrito páginas de oro para las antologías a pesar de vivir algunos de ellos entre la pólvora humeante de las luchas sociales.

Y en la misma presencia de Chocano, a quien se ha dado en llamar por antonomasia el poeta de América, con la misma intensidad con que se ha negado tal atributo a Rubén—ya hemos visto cuán falsas y vagas son estas generalizaciones—, se ve la ausencia de América en la antología. Resuenan en su canto Chimborazos y Tequendamas, Moctezumas y Cautemocs, Balboas y Lautaros, ríos, volcanes, selvas, reyes, emperadores, conquistadores, caciques y toquis, con una libertad armoniosa que el «último de los incas» rige con un enérgico gesto de imperio, conductor entusiasta de cuadrigas líricas ardientes y frenéticas, tipo de condottiero audaz y megalómano que tiene hoy el triste privilegio de ser el cantor más o menos oficial de las tiranías que

entenebrecen la agreste tierra ubérrima de América, él que fué libertador y secuaz de los revolucionarios que dieron flexibilidad a la poesía castellana prisionera de una retórica anquilosada. Chocano se proclama a sí mismo «el cantor de América autóctona y salvaje», y en su elocuencia desenfrenada y selvática, poseído irremediable del *pathos* del trópico, ruge agitando su melena leonina ceñida más tarde por la corona de oro de Leguía:

Walt Whitman tiene el Norte pero yo tengo el Sur.

Es Chocano el tipo representativo del hombre de grandes condiciones líricas, malgrado en nuestros países en formación hacia los que don Manuel José Quintana volvía su esperanza valetudinaria con el trémolo cardíaco de su canto de viejo tenor lírico:

Virgen del mundo, América inocente.

Y en esa idílica inocencia paradisiaca que el romanticismo de los siglos pretéritos atribuyó a nuestro continente, hemos visto naufragar a Chocano, que tan espléndida madera de poeta tenía. Participó en nuestras revoluciones sin gloria y sin ideales, escribió cantos laudatorios que en sus momentos de soledad deben darle risa o vergüenza, fué, en fin, el triste caso del intelectual que en vez de señorearse sobre el medio se deja dominar por él y se torna su adulator y su esclavo. Todavía sentimos el pistoletazo trágico con que el poeta apagó una de las existencias más bellas y puras de su patria porque, en su noble exaltación juvenil, no quería que los filósofos—amigos de la verdad, de la sabiduría—se sentaran en el séquito de los bufones en el festín de los tiranos. *South America*. Elmore y Chocano: grandeza y servidumbre de la inteligencia.

Después de esta larga fuga continental provocada por la vida y obra de Chocano volvamos la mirada a la Argentina. Noto la ausencia de nombres fundamentales como Enrique Banchs, Fernán Félix de Amador, Fernández Moreno, Rafael Al-



berto Arrieta, Andrés Chabrillon, Juan Pedro Calou, Ricardo Güiraldes, Jorge Luis Borges.

Del Uruguay faltan Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira, el gran Carlos Sabat Ercasty, Luisa Luisi, Fernán Silva Valdés, Emilio Oribe.

¿Y de los nuestros, de Chile? Hay dos buenos nombres: Magallanes Moure y Gabriela Mistral. Pero las ausencias son capitales: no están ni Pezoa Velis, cuya *Tarde en el hospital* puede resistir el paralelo con los mejores poemas de Verlaine, ni Max Jara, Ernesto Guzmán, Pedro Prado, Jorge González Bastias, Angel Cruchaga, Carlos Mondaca, Daniel de la Vega, Daniel Vásquez, Jorge Hübner, Juan Guzmán Cruchaga, Manuel Rojas, Pablo Neruda, Y esto pensando sólo en el carácter moderno que se pretende dar a la antología.

Con estas ausencias, que sólo señalamos en esquema, porque escribimos de memoria y estamos lejos de poseer un mapa literario completo de Hispano América, ¿puede hablarse con seriedad y con verdad de una *antología moderna* de la poesía española?

¿Se aproxima siquiera este libro a las *Cien poesías líricas* de don Marcelino Menéndez y Pelayo que pretende seguir y que, a pesar de su conocida limitación de considerar sólo a los autores muertos, puede presentarse como un modelo de pulcritud literaria? ¿Se parece algo a la *Antología de la Poesía Francesa* de E. Diez Canedo y Fernando Fortun? Todo en esos libros es claridad, armonía, unidad, respeto al poeta y respeto al lector. Este libro, repitámoslo para apercibirnos contra futuras tentativas semejantes, puede ser señalado, sin que hasta el momento encontremos su émulo o su par, como el modelo preciso que hay que huir cuando se quiera hacer la antología, que todavía nadie ha intentado con seriedad, de la poesía española contemporánea.

### *Otros errores*

Unamuno ocupa apenas media página de esta antología (pág. 62). Es un pequeño fragmento de *El Cristo de Velásquez*

una de las obras, digámoslo con todo respeto, en que el gran maestro español ha puesto mayor esperanza y la que más dista por su realización de la fe que su creador puso en ella. ¿No conocen los editores de la antología los intensos salmos religiosos de Unamuno, los versos a un niño, la elegía a la muerte de un perro, la poesía dedicada a Salamanca, y el poema, cuyo título mismo parece tallado en piedra: *La huella de la sangre de fuego*? ¿Y en el mismo *Cristo de Velásquez* no había fragmentos admirables para una buena antología? Unamuno es uno de los más grandes poetas de España en todos los tiempos por su mislicismo duro y ascético, por la tierna reciedumbre de su espíritu, por el claro magisterio de su estrofa desnuda y su vida digna. Y esto no es una afirmación mía gratuita. En diferentes ocasiones y con otras palabras lo han dicho Rubén Darío, Ramón Pérez de Ayala, José Ortega y Gasset.

Salvador Rueda (págs. 32-35) ocupa más espacio que Unamuno con una mediocrísima poesía sobre *El mantón de Manila*, que tiene apenas un pequeño y muy relativo interés anecdótico y local. Injusto también. Rueda tiene poesías, muy pocas, es cierto, que son puro oro lírico.

José Juan Tablada (págs. 79-80) figura con unos versos de un modernismo que ya nos resulta anacrónico y trasnochado. El poeta mexicano vive en fervor de renovación perenne, ha llegado a la síntesis máxima del hay-kay, forma poética llena de gracia, ágil, menuda y saltante como una hoja de bambú. En la antología no se recoge ninguna muestra de esa su estética pura y simplificada.

¿Por qué a Enrique González Martínez lo dejan en esa antología petrificado en unos versos de gravedad pedagógica (págs. 87-89) que son el mascarón de proa y la caricatura en que quedó estereotipada la retórica modernista? Porque es retórica toda manifestación literaria que aspira a culminar en un milagro de perfección estética: hay la retórica de la sencillez y hay la retórica del énfasis, la retórica clásica y la retórica romántica, la retórica parnasiana y la retórica simbolista, la retórica que se llamó modernista y la que hoy llaman ultraísta. Pero de

todas estas retóricas la única en que descansa como en un regazo el buscador de belleza es la que más se disimula a sí misma, la retórica que no nos hace sentir la retórica, como el cristal que desaparece y se anula para hacernos admirar el paisaje que, a través de él, en nosotros penetra. Y hay quienes, abominando de toda retórica, arremeten contra ella disparando nuevos y vagos sistemas retóricos. La mejor retórica será aquella que nos haga olvidarnos de la retórica, la que se incorpore en nosotros sin sentirla, nimbada de tácil y serena belleza.

El gran lírico mexicano está ausente de estas páginas. Esos versos admirables en que le tuerce el cuello al cisne; la canción de la roca estéril; los versos a la lluvia; la casa con dos puertas; los que comienzan:

Como hermana y hermano,

todo eso está lejos de este libro. Y las notas más frescas, ágiles y juveniles (González Martínez se ha renovado en sus libros de madurez) de *La Palabra del Viento* y *El Romero Alucinado* tampoco figuran para nada en la antología. Juzguen, si no, los que saben leer y digan si aquí no se hizo momia la retórica modernista:

Iba toda desnuda la visión estupenda  
con blancos de nardo, atrayente y fatal,  
y su voz era flama, y su vientre era ofrenda  
en que el sexo fulgía como un áureo frugal (pág. 88).

En el inmóvil cuerpo impasible y pétreo no se advierte el más leve temblor humano.

Antonio Machado (págs. 90-92) está muy bien, con su actitud armoniosa, meditativa y grave. Pero, ¿por qué no se puso algo más representativo de su genio poético, la gracia doliente y fina de sus versos autobiográficos, la nota honda de sus *Cantares y Proverbios*, la yerma desolación de sus *Campos de Castilla*?

Magallanes Moure (págs. 152-153), aunque con una sola poesía, admirablemente representado: *Apaisement*.

Gabriela Mistral (págs. 150-152) con dos poesías—*Nocturno* y *Balada*—que no creo que sean las que mejor la representan. Gabriela Mistral es la tragedia y la profecía: tiene encendida la herida viva del dolor irreparable y la llama de incienso de la plegaria. Purificada en el dolor, su poesía mana como los bíblicos ríos de leche y miel, cada día más clara y serena. No la han comprendido los editores de la antología.

Juana de Ibarbourou (págs. 144-145) figura con una poesía, *El fuerte lazo*, bien significativa dentro de su obra y con otra, *La higuera*, que no creo que agregue nada a las armoniosas creaciones de la autora de *El cántaro fresco*. Nota predominante en la lírica de Juana de Ibarbourou es la sensualidad, una sensualidad sana y juvenil que canta en las páginas eglógicas de *Las Lenguas de Diamante* y quiere tornarse grave y pensativa, aunque por suerte no lo consigue, en *Raíz Salvaje*. *El fuerte lazo* muestra la vibrante plenitud de la poetisa oriental, pero *La higuera* es una nota pueril e ingenua de coquetería femenina. Pobre elección. Señalaremos una vez más, ya que de poetisas uruguayas se trata, la ausencia inexplicable e imperdonable de Delmira Agustini, cuya vibrante vena erótica manaba en canciones de una sensualidad serpentina y crepitante; María Eugenia Vaz Ferreira, el trémolo metafísico en la poesía femenina de América, y Luisa Luisi, rima dulce y serena de carne y espíritu.

De Arturo Capdevila (págs. 146-148) y Alfonsina Storni (págs. 162-164) nadie, que no conozca su obra, podrá formarse idea a pesar del buen número de páginas que la antología les consagra. Otro tanto puede decirse de Enrique de Mesa (pág. 112), Jaime Torres Bodet (pág. 122), Rafael Heliodoro Valle (pág. 128), Ricardo León (págs. 135-136).

Involuntariamente se piensa en la broma de Valle Inclán:

y se santigua en un rincón  
el pobre Ricardo León.

Porque, ¿es posible publicar en un libro que pretende ser una antología y es posible atribuir a un autor que, bien o mal, tiene un prestigio dentro de cierto público, versos como estos:

Amar lo es todo, conocer no es nada:  
¿quién la razón de la Razón conoce?  
Delítate en los brazos de tu amada  
sin descender al fondo de tu goce.  
Huye del triste, apártate del sabio,  
de aquel que estruja la razón y el seso:  
no se hizo la miel para su labio  
ni su labio se hizo para el beso (pág. 135)?

¡Dos páginas así! Más le hubiera valido no figurar en la antología. Casi estoy por decir lo mismo de Enrique González Martínez. Si no fuera porque no dudo de la buena fe de los editores pensaría que, al emprender su obra, tuvieron en vista una labor de desprestigio literario.

Estoy muy distante de ser un fiel de la poesía de Ricardo León y, en general, de su literatura tan pulida, tan artificiosa, tan castiza, en el mal sentido de la palabra. Pero, a pesar de todo, considero una crueldad y una torpeza crucificarlo en una antología con unos versos de un prosaísmo tan pretensioso como insustancial. ¿No podían los editores haber espigado en *Alivio de caminantes* algunos versos con poesía que, las distancias guardadas, prolongan en nosotros el recuerdo de la dulce llaga de humano amor divino del místico Juan de Yepes en su *Cántico espiritual* de una triste y gozosa poesía, de un plácido y trágico arrobamiento en la plena comunión de Dios?

Los señores Julio Flores (pág. 113), Enrique López Alarcón (pág. 138), Pedro Luis de Gálvez (pág. 138), Luis de Oleyza (págs. 139-141), Alberto Valero Marín (págs. 141-143), José de Diego (pág. 146), Enrique Ruiz de la Serna (pág. 165) y Armando Buscarini (pág. 175) ¿no habrán escrito nada mejor de lo que figura como suyo en las páginas de la antología?

Porque si así no fuera, no merecerían figurar ni en éste ni en ningún libro que pretendiera ser una antología del movimien-

lo lírico contemporáneo, o moderno como dicen nuestros editores. No nos alarman los nombres inéditos: lo que nos alarma es que su obra, o lo que se nos presenta como tal, continúe siendo inédita aun después de publicada. Lo que aquí se nos muestra son versos sin poesía, obras de carpintería métrica, pedestre y ramplona vulgaridad rimada.

Para que no se crea que exagero, voy a reproducir la muestra de don Armando Buscarini (págs. 175-176), el autor que «es el broche de oro con que se cierra este florilegio» para usar una frase que esté al nivel del libro lamentable.

Así canta don Armando Buscarini ante su *Hospital de leprosos*:

Hospital de San Juan de Dios, triste edificio  
que albergas en tus muros la carne corrompida,  
yo he sentido mi cuerpo tatuado en el suplicio  
de tus curas crueles en nombre de la vida.

Como un sudario negro la tragedia en ti flota,  
y rechinan los males lo mismo que cerrojos;  
umbral de fosa lleno de vidas en derrota,  
en donde a los gusanos se anticipan los piojos.

Las pétreas hermanitas, salmodiando oraciones,  
en silencio atraviesan los largos pabellones,  
y con una sonrisa de cansancio o de unción  
consuelan al enfermo resignado, que siente  
el fuego de la Vida en la carne doliente  
y el frío de la Muerte dentro del corazón.

¿Y esto nos viene de España? ¿Y esto llega prestigiado por el sello de una editorial seria? ¿Y esto se publica en un libro que pretende ser una antología, continuación de la similar del ilustre don Marcelino Menéndez y Pelayo? ¿O es que los editores de la antología han perdido la razón o la hemos perdido nosotros? Porque una antología es un libro de poesía y los versos de don Armando Buscarini, los versos que aparecen en la antología—otros no conocemos—, no sólo no tienen nada que ver con la poesía sino que son la negación rastrera y desleal de toda poesía.

Olvidemos el mal rato y dejemos para otro día la ordenación de una jerarquía de valores entre las claras mentes de España y América.

Tengamos fe. Esperemos.

*Ex-voto:*

¡Que nunca nuestros editores tengan el mal pensamiento de intentar una antología parecida!